

MORAL E IMPASIBILIDAD DIVINA

Autor: Manuel Lago González, Lic. en Teología por la universidad de Navarra.

Adresse: C. San Roque, n. 124, interior.

36.204. Vigo. Pontevedra, España.

Fecha: 7-1-07.

El motivo de esta reflexión es haber oído frases que trivializan el pecado, incluso la profanación u horribles blasfemias. Y por la misma razón quedan sin sentido e importancia grave la justificación, las virtudes, y la misma santidad. Y con el mismo golpe se quiebra la misma salvación o condenación y el sentido de la justicia y del juicio divino. Esto es: si a Dios no el ofendo y a mí no me interesa, no hay más moral que mi capricho o antojo.

La trivialización o banalización procede en esas mentes de la esencial trascendencia divina y su impasibilidad.

La trascendencia divina llevaría -y se nota en ciertas paces que se desean- a las autoridades incluso eclesiásticas a emplear la tolerancia, la indolencia y la falta de exigencia en la formación, y quedaría justificada la falta de severidad en la exigencia moral de/a las conciencias.

A poco que se piense, se echa de ver que esa superficialidad aparentemente erudita lo que hace es derrumbar toda la obra de la salvación y toda la moral católica. La responsabilidad moral queda sin contenido. Tergiversa la autoridad divina de cabo a rabo.

¿Y cuál es esa sabiduría de tales maestros Ciruela? Afirma con verdad que Dios en cuanto tal no puede depender de ningún modo de nada exterior a Él, y tampoco puede sufrir nada a manos de bichitos ajenos a su infinita grandeza y aseidad.

Y por lo tanto en realidad no hay pecado auténtico, ni virtud, ni exigencia moral auténtica al ejercicio de la autoridad.

Por cierto que los labios que han proferido estos asertos escabrosos y adustos son convencidos ortodoxos católicos, ajenos a modernidades frívolas. Pero, por aquello del "amicus Plato", la verdad es que están postrados en antigüedades vanas y corrompidas. En ello se confirma que la herejía (digamos mejor error) se da siempre que la cabezota humana se avienta a gobernar el mundo con cuatro palabritas. ¡Que son herejes, vamos, que es un pensamiento escandalosísimo; Por supuesto que los tales no son conscientes de ello, o sea son unos inconscientes. No hay modo de decirlo más fino y con verdad. Pero la inconsciencia cae bajo el principio de causalidad y tiene sus efectos, esto es, que los tales producen efectos perversos a pesar de tener tan equivocada intención (que definen erróneamente como buena). (La buena intención es la que coincide con la de Dios).

¿Querrá Dios, Señor nuestro, este tipo de errores? ¿Le resulta indiferente que suceda una cosa y otra cualquiera? Si los quisiera no tendría sentido que Se hubiese tomado tantas molestias amorosas en sus profetas, en la Encarnación, y poniendo ante la vista de la Humanidad infinidad de milagros para reclamar la fidelidad de los humanos. ¿Entonces? Atenerse a los hechos, y que la teoría -si se hace- ha de reflejar lo que los hechos indican.

En ningún momento Jesús dejó de mostrar una amable severidad, no se mostró un bromista. Dios en Israel no se mostró despreocupado durante su larga revelación; antes bien amenazaba con terribles males de toda índole (y muchos son de naturaleza causal). ¡Dios es sabio y quiere la sabiduría, el buen orden, la hermosura y la bondad firme! ¿De dónde sacarán estos emisores de verbo pánfilo su verbo vacío? De la frivolidad que es la reina de los necios, maestra y guía de sus

conciencias. Recuerden lo dicho en otras partes de mis artículos: Dios muestra su providencia vía causalidad, o sea que suele ordinariamente usar modos científicos.

La única verdad de estos ucases o asertos rumbosos es la trascendencia divina. Pero ¡qué curioso!, ¿cómo con una verdad se pueden fabricar unos cuantos errores? , o lo que es lo mismo, unas solemnes locuras que destrozan todo el plan de salvación y santificación sólo por complacer la vana conciencia ingenua. Y además aparecen, de por sí, una infinidad de corrupciones justificadas que vienen detrás colgadas como las cerezas. (Es pasmoso y espantoso la confianza sumisa e ingenua de la moderna conciencia empeñada y empeñosa de las masas antojadizas (también la del protestantismo) que se aventuran con conclusiones inapelables y mágicas más que religiosas.

Y en este río de la humanidad, no puede escabullirse ninguno de nosotros. Por lo cual sólo queda: severidad. Son bienes ajenos, -no nuestros- son bienes divinos de Su propiedad. ¡Qué peligro; ¡Qué peligrosa es la autoconciencia que somete a Dios a su imperio! ¡Qué falta de sentido común!*

O sea, que con una verdad se pueden fabricar un batallón errores.

La historia de la herejías en realidad no añade nada a la frescura bíblica y sus realidades divinas en escena, sino que pretende ponerle un vestidito estrechito y -eso sí- racional, aunque mejor sería decir "racionalito". La frasecita de racional suena a trompeta de notas amplias, que canta bien, y el necio que lo oye, se pasma alorado de la sabiduría, que es diablura oculta. Tanto, tanto, que incluso los dogmas católicos han nacido no para otra cosa que para defender la fe de los hechos (he dicho que hechos y no pura frase) cuando alguien quiso reducirlos a frase corta y estrecha, enjaularlos en "corsés" de hierro. Y de alguna manera los dogmas como que se

achican. Sí, porque pasan a considerar un solo punto (ya no ven el bosque sino el árbol), como en un aspecto, en el aspecto controvertido. Pero no habría que olvidarlo nunca que esos herejes, en realidad, son cortitos de mente. (No vayamos a elevarlos tanto porque no hay de qué). (Encontrar dificultades no es ser listo, es ser más bien torpe). Es admirable ver a Jesús cómo hace y deshace con sencillez magistral. Todas las herejías, -no menos la protestante-, lo que tienen es un reduccionismo atrevido y altivo, son empecinadas, tercas y sobraditas, no son más bíblicas, son menos, mucho menos. Ellas rizan el rizo de la retórica y suelen buscar tres pies al gato de cuatro o bien veinticuatro. Buscan lo que no existe.

La palabra trascendente no aparece en la Biblia pero se muestra a las mil maravillas. La palabra naturaleza y persona no se usa en sentido técnico en la Sagrada Biblia, pero aparece el carácter personal de modo incontestable. Todo funcionó así hasta que llega una cabeza de ratón que quiere meter en universo en su retícula. (Las definiciones sobre Dios siempre dicen de menos, por la limitación del propio lenguaje).

Cuando los hombres dejando de trabajar, se dedicaron a pensar, fueron poniendo peor las cosas de la realidad divina y redentora sobre todo en lo que a lo importante afecta. Empiezan a trabajar con frases e ideas, y quien sufre las consecuencias de la poquedad humana será la mismísima realidad. Es comprensible pues si se trabaja con sierras, siempre te puedes serrar. Es cosa natural. Pues no menos sucede con las volteretas intelectuales, -que otra cosa no son los innumerables enredos ideológicos con pretensiones de dominar la realidad sustituyéndola por una ideografía-.

Los intelectuales, o son humildes trabajadores o son unos necios infecciosos. O cuentan con su

impericia y desconsideración inconsciente, o no son dignos de nombre tan solemne.

De hecho hubo que empezar a sortear los arrecifes y estrechas cañadas y cañones. La intelectualidad fue produciendo aporías sonoras e incisivas, (que no soluciones sino disoluciones). No apertura, sino rupturas; no abrió ventanas sino que cerró las pocas que abiertas estaban. Y aparecen todas las herejías que no son otra cosa que caprichos. Es como si con un metro -que es bien verdadero- se pretendiese por afán febril de ciencia y urgencia, medir también pesos. Se pone un supuesto, y se intenta que todo se pliegue y someta a él, y además con prisas. ¡Las prisas del tiempo, de las manías de cada época chata! Pero los supuestos rara vez son completamente ciertos y de forma plena. Ello es imposible. El lenguaje mismo nos juega sus pasadas por el simple hecho de que hacen falta muchas palabras para agotar un hecho o cosa pequeña. Con una palabra no se dice todo, y el término "todo" nos dice muy poco. ¿Usted lo comprende? Si así no fuese, está muy perdido.

Y algo parecido pasa con los dogmas o las reducciones, las definiciones y los esquemas mismo.

Santo Tomas cuando quiere mostrar cómo las cosas existen fuera de la Divinidad, no puede menos que defender la trascendencia absoluta de Dios respecto a todo lo creado. Si así no fuese, no sería Dios y habría peligro inminente de considerar el mundo como una parte de Dios. (Y eso es patente que no es así, en ello no hay duda, y aquí no es momento de tratarlo ahora). Si el mundo sale de Dios, parece que es parte de Dios, y tal se puede pensar como ser verdad sin reflexionar. Procede -no sale- por un acto de voluntad de pura libertad y generosidad, que no merma en nada su sublime aseidad, palabra grandiosa jamás igualada. Lo creado -mundano o celeste- nada Le da y proporciona a Dios. Simplemente Él quiere hacer

participar de la existencia al mundo y de modo singular al hombre. Y participa de un modo flotante, (es casi no ser, no es ser de verdad, es un ser sujeto, suspenso).

Por lo tanto el origen de todo lo creado no es otro que un acto de la voluntad divina. Si misterioso para nosotros es la aseidad divina, no menos lo es cualquiera de sus actos con tal procedencia. Como nosotros no estamos en la intimidad de la divinidad, no somos capaces de hacernos cargo qué es existir de por sí como es Su caso; ni tampoco, cómo puede existir un ser por la voluntad de otro, pues nosotros tampoco estamos en el caso. Somos un ser que existe sin poseerse de veras, un ser dependiente, un ser de otro. ¿O usted es por sí mismo? Estamos en el aire, estamos sobre el abismo. La esencia nuestra es ser "ab alio", por Otro. Pero la esencia divina es ser "a Sé". Nosotros dependemos en nuestra propia entidad íntegramente de Dios. Pero Dios no depende en absoluto de nosotros. La experiencia en nosotros nos confirma que no somos dueños de crearnos a nosotros mismos. ¡Somos corderitos; ¡La modernidad humillada! ¡La conciencia hegemónica protestante y autócrata, o autónoma, hollada en la lama y en el mismo fango!

Conclusión.

Como acabamos de ver las relaciones nuestras con Dios son reales (más reales que con nosotros, con más sentido real). Y nadie tiene poder, ni autoridad, para desvincularnos de esta realidad, que la Religión tiene como objeto propio activar. Es de ley natural, vamos, que es de cajón. Y destruir u ocultar esta dependencia es un acto gravísimo de necedad, y de perversión. Y, por lo mismo, jugar con la realidad-verdad de esta dependencia dejándola al arbitraje de la autonomía de la conciencia es una payasada, algo como de "Clown", ¿se dice así en inglés?, a lo mejor no. Sólo todo un delicadísimo entramado moral-

religioso, es real; lo demás es declararse dueño de lo ajeno para destrozarlo.

No es posible esquivar las consecuencias y la dureza de la realidad. "Dhe sharks never let anybody drown". "Los tiburones nunca dejan que nadie se ahogue". Vamos, que nadie puede vivir fuera de su propia piel. Libre o no libre, de acuerdo o en desacuerdo. Pero así es la experiencia que la ciencia a veces -demasiadas-desconoce, se hace la ciega.

Los pobres protestantes y otros muchos cuando juegan con frivolidad con los misterios divinos - los sacramentos y su realismo "pro nobis"- lo que hacen es una barbaridad brutal, lo que hacen es entrar a tropel en una cristalería de Bohemia y más.

La Eucaristía, Dios y su Santo nombre, todas los misterios cristianos,...y un sinfín de misericordias creadoras y redentoras, no pueden ser destrozadas con tal altanería hegemónica: ni por el aserto de la impasibilidad divina, -que conlleva la impunidad personal-, ni tampoco por una tolerancia -prima hermana de una licencia para pecar-, ni tampoco con una dejadez en el ejercicio férreo de la autoridad.

Pues ha de quedar claro, que los actos humanos tienen una relación, suma y especialmente real con Dios. Y no se puede ocultar porque realmente es así. Está clara la vinculación con Dios de toda la moral tanto natural como la de la fe, los misterios y sacramentos, y los modos de comportamiento del alma. Es ineludible. Dígase lo mismo de la vinculación moral de todo tipo de autoridades, especialmente la eclesiástica, quienes no pueden derrumbar la condición de dependencia real del fiel, e incluso de todo hombre, con semejantes aserciones. Queda clara la severidad de las exigencias en la formación de las conciencias ya que han quedado unidas con Dios por medio de la Revelación. Y no menos ha de

decirse incluso de las verdades científicas o técnicas, y sus múltiples posibilidades -reales igualmente- en la solución de los inmediatos problemas de la vida humana.

Nota post. Sobre la opinión en temas de especialidad.

Esto me recuerda cómo el Aquinate, hartado, se enojaba cuando pretendían que los principiantes, alumnos imberbes, participasen con su ignorancia parlanchina en las disputas de temas complejos y graves. El pueblo o la masa jamás podrá entrar en el templo de la excelencia ni de la ciencia. El pueblo es un niño, -todos somos pueblo en lo que ignoramos- y como tal que pida pan o agua o algún recreo, que suele ser relajo. Pero darle parte en lo que no sabe, (ni puede, ni quiere), es hacerse necio para hacerle daño. Al ciego no hay pueblo que le ponga en manos la nave ni nada que la vista exija.